RESEÑAS

Donald Sassoon, *Mussolini y el ascenso del fascismo*, 2008, Barcelona, Crítica, tr. de Antonio Resines, 210 pp.

RECEPCIÓN: 17 de agosto de 2009.

ACEPTACIÓN: 29 de septiembre de 2009.

A mediados del siglo diecinueve, Italia comenzó un tardío y acelerado proceso de industrialización económica bajo la tutela de una incipiente democracia liberal; el espíritu del *Risorgimento* contagió de optimismo a una sociedad en la cual reinaban profundos contrastes materiales. Sin embargo, poco después del fin de la Primera guerra mundial el parlamentarismo italiano entró en una grave crisis de legitimidad; nadie imaginó entonces que el auge del movimiento fascista sería el comienzo de una larga dictadura que arrasaría a Italia a una guerra devastadora. A la luz de lo anterior, resulta inevitable preguntarnos: ¿era inminente el triunfo del fascismo?, ¿qué factores pueden explicar su aparición y su larga permanencia en el escenario político? Con el propósito de explicar esas y otras interrogantes, Donald Sassoon, catedrático de la Universidad de Londres, escribió el libro que nos ocupa.

En los primeros dos capítulos Sassoon destaca la importancia de la Primera guerra mundial como elemento aglutinador de los grupos embrionarios del fascismo en Italia y señala que, hacia 1914, había ya en todas las coordenadas políticas formaciones e intelectuales autoritarios que reivindicaban la guerra y la violencia como agentes de renovación moral. Muchos de los elementos posteriormente constitutivos del fascismo (símbolos, militantes e ideología) estaban ya presentes cuando era todavía una agrupación de movimientos sociales de autodefensa sindical; en aquel entonces, Benito Mussolini era un político desconocido de izquierda, con pocos seguidores, y el gran líder intelectual del autoritarismo imperialista era el poeta Gabriele D'Annunzio. El 24 de mayo de 1915, el parlamento aprobó la entrada del país a la guerra; el conflicto habría de cobrar las vidas de 650,000 soldados italianos y marcaría

RESEÑAS

para siempre la conciencia de aquella joven nación. El autor privilegia en este pasaje las interpretaciones de orden sociológico y afirma que, tras el fin de la guerra, la mayor parte de los soldados, cuya extracción era predominantemente rural, quedaron vinculados emocionalmente por un mito de experiencias y recuerdos compartidos. Los combates cesaron en 1918; Italia formaba parte del bando vencedor pero debió aceptar condiciones de paz desfavorables para sus ambiciones imperiales, con la consiguiente ira de muchos ex combatientes y de los grupos sociales más autoritarios.

En el capítulo tres Sassoon estudia la atomización parlamentaria y su papel en la descomposición de la gobernabilidad en Italia. Aquí el autor enfoca su análisis al plano electoral y económico, aunque sus afirmaciones siguen mostrando un trasfondo sociológico que resulta acertado e interesante. A fines del siglo diecinueve, la incipiente democracia liberal se había empantanado, los diputados en la cámara actuaban como mediadores de las demandas individuales ante el gobierno central, privilegiando agendas segmentadas en lugar de ideologías partidistas y erosionando con ello la legitimidad de sus partidos. Al interior de este peculiar arreglo político llamado *transformismo*, el primer ministro Giovanni Giolitti comenzó una nueva relación con la clase obrera en 1903; en adelante favoreció el arbitraje del Estado en las disputas entre industriales y sindicatos con el consecuente descontento de los grandes empresarios. Asimismo, Giolitti se esmeró en reducir los conflictos sociales y quitarle votos a la izquierda por medio de la expansión del sufragio y la conciliación con los grupos sociales mayoritarios. El objetivo principal de este político liberal fue la consolidación de un estado capitalista avanzado con rasgos socialdemócratas sin romper del todo con algunos vicios del *transformismo*. Sassoon se muestra convencido de que, a pesar de algunos de sus logros, el liberalismo de Giolitti no fue capaz de construir un entorno económicamente favorable a las clases medias y ello fortaleció las presiones autoritarias en los centros urbanos.

En esta parte del libro, el objeto de estudio comienza a adquirir forma: a comienzos de 1919, el periódico *Il Popolo d'Italia*, propiedad de Benito Mussolini, lanzó una convocatoria para formar un nuevo movimiento político; el llamado de Mussolini apenas logró convocar a 200 veteranos de guerra en Milán, pero las cosas se volverían rápidamente a su favor. Ese mismo año, las elecciones generales cambiaron radicalmente la política italiana: el Partido Socialista (PSI) y el Partido Popular (PPI), de orientación católica, obtuvieron, respectivamente, la mayor parte de los votos. Sin embargo, el PSI estaba dominado por una facción maximalista y era muy difícil que partidos tan ideológicamente anta-

gónicos olvidasen sus diferencias para formar una mayoría parlamentaria; en consecuencia, los gobiernos italianos posteriores a 1919 fueron intrínsecamente débiles, lo cual favoreció a los fascistas que, en medio del enorme descontento social por la parálisis legislativa, irían acaparando el interés de los grupos más reaccionarios y de la clase media urbana.

Hacia 1920 los socialistas incrementaron los impuestos sobre las grandes propiedades, promovieron el reparto agrario y lograron jornadas de trabajo más reducidas para los trabajadores del campo; lo anterior motivó la ira de los terratenientes y estos empezaron a contratar escuadrones de choque con fascistas de las zonas rurales. Para finales de aquel año, los “camisas negras” controlaban ciudades del norte como Ferrara y Bolonia. A una sorprendente y extraordinaria velocidad, en 1921, los núcleos fascistas se extendieron por Mantua, la Toscana y en zonas con poca presencia socialista; sin embargo, Sassoon estima que por aquellos años ya existían alrededor de 19,000 “camisas negras” de extracción universitaria en las principales ciudades. Asimismo, entre la clase media baja crecía ferozmente el rechazo al *establishment* político (liberales, socialistas, católicos y sindicatos) y se fortalecía el apoyo hacia la represión autoritaria por parte del Estado como respuesta al caos político, a la parálisis legislativa y a la creciente corrupción. En este punto del análisis, las afirmaciones teóricas adquieren contundencia, pero Sassoon no ordena la importancia de sus conceptos y el lector no se halla en posibilidad de entender qué sucesos históricos están verdaderamente marcados por la trascendencia. Empero, sí queda claro que el auge de los grupos de choque de ultraderecha, rurales y urbanos, generó la aparición de clima de violencia generalizada en las principales ciudades que el gobierno no fue capaz de contener.

Lo que el libro enfatiza claramente es que, para la llegada de los fascistas a la Jefatura de Gobierno italiana, resultaron claves el apoyo “tácito o palmario” de la policía local, de los *carabinieri* y del ejército, quienes mostraban una enorme tolerancia para con los desmanes de los “camisas negras”. Como resultado del caos, en 1921 cayó el último gobierno de Giolitti; Mussolini fraguó entonces una alianza estratégica con la monarquía, el clero y los industriales. El reconocimiento político del papa Pío XI, un hombre antidemócrata y virulentamente anticomunista, le dio a Mussolini el poder y el prestigio que le hacían falta para someter a la débil democracia. El 10 de agosto de 1922 se instauró un nuevo gobierno encabezado por Luigi Facta; sin embargo, para aquel entonces los fascistas ya se habían convertido en un contra-Estado y habían doblegado políticamente al primer ministro. Facta redactó un decreto que

RESEÑAS

proclamaba el estado de sitio y la ley marcial; sin embargo, el rey Víctor Manuel III se negó a firmarlo y el 30 de octubre encargó a Mussolini la formación de un nuevo gobierno. La decisión del monarca fue aceptada ingenuamente por casi la totalidad de la vieja clase política y la prensa liberal. El autor explica la pasividad de los ciudadanos refiriéndose al hartazgo social hacia la crisis económica y la violencia. No obstante, el desmantelamiento de las estructuras democráticas fue acelerado; mediante varias reformas institucionales y de la violencia, los “camisas negras” se hicieron con el control total de Italia, la cámara de Diputados fue abolida en 1938.

El libro finaliza con una afirmación provocadora: los veinte años de dictadura mussoliniana pudieron haberse evitado, pero quienes debían enfrentar al fascismo (liberales, izquierda, iglesia y monarquía) no pudieron o no quisieron hacerlo por egoísmo, divisiones ideológicas, prejuicios e ingenuidad. El análisis del autor es ágil y completo, aunque no explica del todo algunos otros elementos a considerar, como la personalidad de Benito Mussolini y las derivaciones intelectuales del fascismo y su relación con el partido nacional-socialista alemán. El libro de Donald Sassoon destaca ante todo por el valor que otorga a las interacciones sociales y a la comunicación política como ejes de las transformaciones históricas. Al final del libro flota la impresión de que el autor ha sido demasiado breve y escueto en el tratamiento de algunos factores explicativos como la atomización ideológica de la izquierda italiana, la expansión de la ultraderecha en el ámbito universitario y el pragmatismo político de Benito Mussolini; sin embargo, esas carencias revelan la mayor virtud del libro: su capacidad para hacernos pensar y llevarnos a estudiar con mayor detenimiento el origen de una ideología que alteró irreversiblemente el curso de la historia moderna.

ALONSO RUIZ BELMONT

Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de
Monterrey (ITESM), Campus Ciudad de México,
División de Humanidades y Ciencias Sociales.